

# Por un arte de retaguardia



XAVI AYÉN



XAVI AYÉN, BARCELONA  
25/11/2018 01:19

Actualizado a  
25/11/2018 03:13

Cada vez más, las noticias de arte se parecen a las de los fichajes de fútbol, con cuadros y artistas que van batiendo vertiginosamente nuevos récords en las subastas neoyorquinas y londinenses. El paralelismo es claro: los 79,2 millones de euros pagados la semana pasada por una de esas elegantes piscinas con muchacho de David Hockney equivalen a lo que ha transferido el Chelsea a la cuenta del Athletic de Bilbao por llevarse a su portero Kepa. Los 80,5 millones desembolsados tres días antes por el maravilloso Chop suey de Hopper se quedan muy por debajo del traspaso más caro de la historia futbolística, el del (malaje) Neymar al PSG, con sus 222 millones, que sin embargo están aún muy lejos del récord absoluto del mercado del arte: 394 millones pagados hace un año por el Salvator mundi de Leonardo Da Vinci. ¿Quién da más?

A contracorriente de este contexto mercantil, el crítico Iván de la Nuez lanza un torpedo al arte contemporáneo en su último ensayo, Teoría de la retaguardia (Consonni). Allí cuenta, entre otras cosas, que si Duchamp o Jeff Koons dieron dignidad artística a objetos cotidianos –un urinario, una aspiradora– simplemente colocándolos en un museo o galería, los artistas de hoy realizan un proceso similar situando ahí, en vez de objetos, causas sociales o políticas e incluso directamente a personas –un museo de Malmö ha exhibido a dos mendigos rumanos–. No hace falta decir que el arte actual reafirma el sistema que supuestamente critica. La lógica de supermercado y petrodólares que lo domina –como esa locura dubaití de los museos franquicia, que algunos amenazan con traer a Barcelona– anula el mensaje crítico que contienen las obras más radicales.

De la Nuez no es, conceptualmente, un señor mayor. No lo vean como un Vargas Llosa escandalizado, haciendo aspavientos por las tomaduras de pelo de los artistas de hoy. Basa sus críticas en un conocimiento profundo del arte contemporáneo y sus tendencias. Su repliegue retaguardista propone que el arte deje de colonizar tantos campos ajenos porque, si abarca cualquier cosa, termina por no ser nada él mismo. Pide más: que los artistas asuman su responsabilidad y se conviertan en intelectuales, en una sociedad donde todos los mensajes se vehiculan a través de imágenes. Y que se relacionen, en un mundo precario, con el gran tema de la supervivencia. De lo contrario, advierte, cuantos más contenidos y funciones propios de otras disciplinas aborde, “más pobre será el retorno a su guarida, el museo y sus variantes, donde recalca una y otra vez como el increíble arte menguante”.